

# DE TESTIMONIO A NOVELA

Escribe **SEBASTIAN SALAZAR BONDY**

**E**L libro me absorbió desde que puse los ojos en su primera página. ¿Qué me interesó de él? ¿El trozo biográfico de su autor y de algunos personajes que conozco y que ahí aparecen? ¿El patético testimonio de la terrible cárcel peruana? ¿Su novedad? Sé que es inútil separar un ingrediente de otro. Para un hombre de mi edad, los episodios de la década del 30 son el brumoso fondo político de la infancia. Quienes bordeamos ahora la cuarentena vivimos, como pueriles y estupefactos espectadores, esa época de cuarte-lazos, persecuciones, cierrapuertas, baleamientos, esa época triste y violenta, y en nuestra memoria la primera vida tiene el rostro de una lucha a muerte. Nuestro primigenio signo existencial fue la gran controversia que siguió a la caída del leguismo.

"Hombres y rejas" lleva a primer plano un segmento de ese período ya estratificado de la historia social y política del país. Como un guante vuelto a medias de revés, expone una parte de la intimidad de aquellos días ya prescritos, y en ella —y así en el libro de Juan Seoane— vemos que el estertor fue cruento, pues costó vidas y almas, pero que ha dejado un saldo aleccionador. Había que experimentar, y experimentar hasta las heces, esa crisis de horror para llegar a saber por qué se produjo. Ya no hablo únicamente de la prisión dantesca, de los viles carceleros, de los espíritus en ruinas, de la libertad latente en tantos secuestrados, de la capacidad de sufrimiento de ciertos hombres, sino de lo que, a la postre, resulta una prueba infinita de humanidad para lo humano. Los círculos infernales se estrechan y en el vórtice, en el último nivel del holocausto, hay una forma de la santidad. Y esto es literatura, esto es novela. Cómo no considerar que esos ladronzuelos tuberculizados, esos desquiciados que de la vagancia pasaron a la ergástula, esos desechos de la ignorancia y la pobreza, tocan la sima de la indignidad y son, en ese límite, nuevos. Jean Genet se ha referido a este hallazgo del bien absoluto en el mal absoluto.

En vano se acudirá a "Hombres y rejas" en pos de la truculencia. Tal vez el más característico síntoma del escritor que hay en la obra de Seoane sea que lo más terrible está contado con toda naturalidad. Tampoco vale el libro como propaganda: Seoane tenía —o tiene, qué más da— una fillación, como la tuvieron y la tienen todos los hombres de letras, pero el relato está por encima de las alusiones que contiene al partidismo. Se impone como narración, por sí solo, y la huella que deja en la conciencia es una imagen viva del ser humano trascendiendo su padecer. Y ello es fruto artístico, ese irisado brote que no tiene la crónica escueta, el texto indoctrinador, la propaganda aun ejercida por el estilo.

La novedad de "Hombres y rejas" está integrada por diversos elementos: unos surgen de la realidad fluyente y pasajera (el autor, sus compañeros de prisión, las autoridades del penal, la situación política de los años 30); otros se nutren de la realidad institucional, más estática, (el sistema penal mismo, dispuesto más para incrementar el delito que para recuperar, mediante la supresión temporal de la libertad, al delincuente); asimismo, muchos provienen de la actitud psicológica y moral del narrador ante sí mismo y ante su trance, y por último, bastantes arrancan de una peculiar cosmovisión del mundo del escritor como tal. Aclaro esto: ser escritor no es simplemente escribir, ejecutar el acto de poner en lenguaje gráfico una serie de sucesos, ideas, emociones etc., sino fundamentalmente tener el poder —y la fuerza— de racionalizar el confuso desorden de la realidad en una perspectiva de juicio, crítica y analítica. De ahí que la obra de Seoane esté en la literatura y que todo lo demás no sea sino anécdotas de su creación, no la creación misma. Esta es la que ha resistido treinta años y la que seguramente resistirá todo el tiempo.